EL ARTE DE LA INSURRECCIÓN: ANÁLISIS CRÍTICO Y COMPARADO DE DOS CICLOS REVOLUCIONARIOS PARALELOS (ESPAÑA Y RUSIA, MARZO-NOVIEMBRE DE 1917)

FRANCISCO ROMERO SALVADÓ

A finales de septiembre de 1917,[1] el dirigente bolchevique Vladimir Ilyich Ulyanov (Lenin) escribió desde Finlandia al comité central de su partido justificando la necesidad de tomar el poder por la fuerza. Según el veterano revolucionario, las condiciones objetivas para ello se daban en ese momento en Rusia y por tanto negarse a tratar la insurrección como un arte equivalía a traicionar el marxismo y la revolución.[2] Las tesis de Lenin fueron reivindicadas un mes y medio después cuando los bolcheviques lanzaron un audaz y triunfal golpe en la capital Petrogrado.

El fenómeno insurreccional ruso no puede evaluarse como una aberración histórica. Representaba el cenit del esplendor revolucionario que sacudía entonces al continente europeo. Desde la tierra de los zares a la península ibérica, fuertes vientos de cambio amenazaban con arrastrar a su paso las denostadas clases gobernantes aún ancladas en el mundo de 1914. De hecho, Lenin pensaba que su revolución era ni más ni menos que el prólogo de un proceso que culminaría con el triunfo del socialismo a nivel mundial.[3]

1 El Calendario Juliano, vigente en Rusia entonces, atrasaba en el siglo XX trece días respecto del Gregoriano, usado en el resto de Europa. Para facilitar el análisis comparativo, usaremos el Calendario Gregoriano, que sería finalmente adoptado el 31 de enero de 1918 por el gobierno soviético.

2 Lenin rechazaba la acusación de «Blanquismo» —corriente surgida alrededor de Louis Auguste Blanqui (1805-1881), el revolucionario francés que consagró su vida a la causa de la revuelta armada y cuya actividad conspirativa sería acusada de aventurerismo por sus coetáneos socialistas—. Lenin insistía que se había llegado a las condiciones objetivas para una revolución en Rusia. No solo una mayoría de los trabajadores con conciencia de clase habían comprendido que la revolución era necesaria y estaban dispuestos a sacrificar su vida por ella sino también las clases dirigentes se encontraban en crisis divididas por sus vacilaciones. Vladimir I. Lenin, «Marxism and Insurrection. A Letter to the Central Committee of the RSDLP (B)» (26-7 septiembre 1917), *Lenin's Selected Works*, Lawrence & Wishart, Londres, 1971, p. 357. Una defensa vigorosa contra la acusación de Blanquismo se puede ver en Leon Trotsky, *The Lessons of October*, Bookmarks, Londres, 1985, p. 31.

3 Según Lenin, el cataclismo causado por la guerra imperialista había hecho de la revolución socialista mundial una necesidad histórica. Pero esta solo podía iniciarse en un país como Rusia, nación explotada por el capitalismo internacional y en que existía un partido político, el bolchevique, que no había sido pervertido como sus homólogos europeos. *Vid.* Vladimir I. Lenin, *Imperialism: the Highest Stage of Capitalism*, International Publishers, Nueva York, 1990, pp. 13-14, 86-89, 95-97. El internacionalismo como

La trascendencia histórica de los acontecimientos rusos de 1917 solo encuentra paralelos con la Revolución francesa.[4] Su carácter mítico serviría para galvanizar la militancia obrera y la *intelligentsia* revolucionaria. ¿Si las explotadas masas rusas habían derribado al más represivo de todos los regímenes en el continente —la autocracia zarista— por qué su ejemplo no se iba a poder repetir en otros países cuyos sistemas políticos, al menos en apariencia, parecían más frágiles? Sin embargo, arte o no, la insurrección revolucionaria no llegó a triunfar fuera de las fronteras rusas.

Esbozo de dos marcos revolucionarios: España y Rusia (marzo-noviembre de 1917)

Tanto España como Rusia se vieron envueltas en un largo y complejo proceso revolucionario en 1917. Su conclusión fue radicalmente diferente: mientras en Rusia la destrucción de la monarquía acabó con la implantación del modelo soviético tras una cruenta guerra civil, el régimen liberal oligárquico español sobrevivió maltrecho el envite revolucionario y acabaría siendo liquidado en un golpe pretoriano seis años más tarde.

Dentro de un marco paralelo cronológico —marzo a noviembre de 1917—, vamos a analizar las similitudes y diferencias entre ambos procesos comparando cuestiones de continuidad histórica así como el papel de los principales actores en el drama revolucionario. En primer lugar, comenzaremos con una síntesis de los principales acontecimientos.

En el caso de Rusia,[5] como enfatiza el historiador Orlando Figes, todo comenzó por la cuestión del pan.[6] Con motivo del Día Internacional de la Mujer (8 de

factor fundamental en la estrategia insurreccional bolchevique es aceptada por la mayoría de académicos. *Vid*. por ejemplo, Neil Harding, *Lenin's Political Thought,* Macmillan, Londres, 1983, vol. 2, pp. 6-14, 35-37, 58-62. Una excepción es la obra de Piero Melograni, *Lenin and the Myth of World Revolution: Ideology and Reasons of State, 1917-1920*, Humanities Press International, Atlanta Highlands (NJ), 1989. Según las ideas un tanto peregrinas de Melograni, Lenin era un realista cuyo objetivo era meramente la consolidación de la hegemonía de su partido en Rusia.

4 Testigo primordial, el periodista norteamericano John Reed tituló su narración de los hechos: *10 días que estremecieron al mundo*. Para una discusión sobre el impacto sísmico de la caída del zarismo y la posterior Revolución bolchevique, *vid*. Jonathan Frankel, «1917: The Problems of Alternatives», en Edith R. Frankel, Jonathan Frankel, Baruch Knei-Paz (eds.), *Revolutions in Russia: Reassessments of 1917*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992, p. 3; y Edward Acton, *Rethinking the Russian Revolution*, Arnold, Londres, 1990, p. 1.

5 La literatura sobre el ciclo revolucionario ruso de 1917 es colosal. Hay 5.896 títulos en varias lenguas reseñados en la espléndida colección bibliográfica producida por el profesor de estudios soviéticos en Queen Mary College (Londres) Jonathan D. Smele, *The Russian Revolution and Civil War, 1917-1921. An Annotated Bibliography*, Continuum, Londres, 2003.

6 Orlando Figes, *A People's Tragedy: The Russian Revolution, 1891-1924*, Jonathan Cape, Londres, 1996, p. 307.

marzo de 1917), obreras textiles en la capital Petrogrado[7] marcharon en protesta contra la escasez de pan. Durante los siguientes días, la policía zarista se vio primero desbordada por una rebelión popular cuando miles de obreros se lanzaron por solidaridad a la calle y luego por una revolución cuando los soldados en vez de reprimir la revuelta fraternizaron con el pueblo. El 12 de marzo, los revolucionarios se habían apoderado de la capital. Tres días más tarde, el todopoderoso zar Nicolás II abdicaba.

El colapso de la dinastía Romanov dio lugar a una situación peculiar de «poder dual». Por un lado, surgieron consejos revolucionarios (Soviets) de obreros, campesinos y soldados. Sin embargo, los dirigentes políticos de los Soviets permitieron el establecimiento de un Gobierno Provisional formado por diputados monárquicos del último parlamento zarista (Duma). Solo un miembro del Soviet de Petrogrado, Aleksandr F. Kerensky, ocupó la cartera de Justicia en el Gobierno Provisional simbolizando la colaboración entre los dos centros de poder.[8]

La luna de miel del nuevo régimen duró poco más de un mes. Entre la ola de exiliados políticos que regresaban a Rusia, la llegada del líder histórico bolchevique Lenin en abril supuso un momento de inflexión. Su llamamiento en favor de la toma del poder por los Soviets representó una abrupta ruptura con la estrategia existente de compromiso con la burguesía. A principios de mayo, el Gobierno Provisional se enfrentó a una grave crisis tras la filtración de que el ministro de Asuntos Exteriores y líder del principal partido burgués —Constitucional Demócrata (Cadete)—, Pavel Nikolaevich Miliukov,[9] había asegurado a los Aliados que el nuevo gobierno estaba dispuesto a continuar la guerra hasta el fin a cambio de participar en el reparto imperialista tras la victoria. La protesta popular se saldó temporalmente con la dimisión del ministro y la constitución de un gobierno de coalición con la inclusión de seis miembros del Soviet. Kerensky se erigiría en hombre del momento cambiando la cartera de Justicia por la de Guerra y desde el 21 de julio sumando el puesto de primer ministro. Sin embargo, el deterioro de la situación socioeconómica y la continuación de una guerra cada vez más impopular acabaron arruinando el crédito del Gobierno Provisional y de sus aliados en el Soviet.

Los bolcheviques sufrieron un serio revés durante las llamadas «Jornadas de Julio» cuando fueron acusados de estar tras las protestas tumultuosas en Petrogrado contra la guerra y en favor de la toma del poder por los Soviets. Sin embargo,

7 Al estallar la guerra con Alemania en 1914 se rusificó el nombre de la capital San Petersburgo que desde entonces pasó a llamarse Petrogrado.

8 En su soberbia memoria de los hechos el menchevique Nikolai N. Himmer (Sukhanov) sugiere que Kerensky actuó por su cuenta contra los acuerdos del Comité Ejecutivo del Soviet y luego les presentó con un hecho consumado. Kerensky con su demagogia habitual ganó el apoyo del pleno del Soviet: *The Russian Revolution, 1917,* Oxford University Press, Londres, 1955, pp. 141-143.

9 Sukhanov (*The Russian Revolution*, pp. 53-54) subraya que Miliukov era de hecho el hombre fuerte del Gobierno Provisional.

pronto se beneficiaron del resurgimiento de la radicalización social que siguieron primero al descalabro de la nueva ofensiva militar seguida por una intentona fallida de golpe de estado lanzada a principios de septiembre por el comandante-en-jefe, el General Lavr Geórgevich Kornilov. Mientras la popularidad de Kerensky caía en picado y divisiones plagaban a mencheviques y socialistas revolucionarios, la causa de los bolcheviques, es decir, de los partidarios de la radicalización del proceso revolucionario, iba en ascenso. El 7 de noviembre, estos finalmente tomaban el poder en un golpe, sorprendente por su carácter casi incruento, en Petrogrado.

En el caso de España,[10] podemos considerar como punto de partida la firma conjunta en marzo de 1917 por los dos grandes y hasta entonces antagónicos movimientos obreros —el socialista UGT-PSOE y el anarcosindicalista CNT— de un manifiesto culpando de la grave crisis socioeconómica al régimen y amenazando con lanzar, en momento adecuado, una huelga general de carácter indefinido para provocar su colapso. Habiendo firmado un pacto de colaboración en Zaragoza el previo julio, noticias de la Revolución rusa habían galvanizado los ánimos de la izquierda obrera española. En abril y también como respuesta a la dinámica rusa, el rey Alfonso XIII derribó al gobierno liberal del conde de Romanones, partidario de un acercamiento al campo Aliado. Un mes después, el monarca ordenó la disolución de las Juntas Militares de Defensa, asociaciones de tipo sindical de oficiales del ejército que se habían creado durante la Gran Guerra. La retórica reformista que emanaba de ellas había conducido al soberano español a considerarlas (erróneamente) como un sucedáneo de los Soviets rusos. Tal iniciativa condujo a la fase crítica del drama revolucionario. Un fenómeno que definimos en un artículo reciente como un proceso tragicómico en tres actos y un epílogo envenenado.[11]

[10] A diferencia de Rusia, apenas hay trabajos monográficos para el ciclo revolucionario español de 1917. Entre las obras contemporáneas debemos destacar José Buxadé, *España en crisis. La bullanga misteriosa de 1917*, Bauzá, Barcelona, 1917; Fernando Soldevilla, *Tres revoluciones (Apuntes y notas). La junta de reforma. La asamblea parlamentaria. La huelga general*, Julio Cosano, Madrid, 1917; Manuel de Burgos y Mazo, *Vida política española. Páginas históricas de 1917*, Núñez Samper, Madrid, 1918; Andrés Saborit, *La huelga de agosto de 1917,* Pablo Iglesias, México, 1967. Un estudio clásico, aún fundamental, es Juan Antonio Lacomba, *La crisis española de 1917*, Ciencia Nueva, Málaga, 1970. Otros trabajos sintéticos son Jesús Martín, *La huelga general de 1917*, Zero, Madrid, 1971; y Joan Serrallonga, «Motines y revolución: España, 1917», Francesc Bonamusa (ed.), *Ayer*, 4 (1991). Hemos intentado actualizar el tema en Francisco J. Romero Salvadó, *España 1914-18: Entre la guerra y la revolución*, Crítica, Barcelona 2002, caps. 2-8 y en *The Foundations of Civil War. Revolution, Social Conflict and Reaction in Spain*, Routledge, Londres, 2008, caps. 2-4. Dos obras fundamentales en relación con el ejército y el proletariado respectivamente son: Carolyn P. Boyd, *Praetorian Politics in Liberal Spain*, The University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1979, y Gerald Meaker, *The Revolutionary Left in Spain 1914-23*, Stanford University Press, Stanford, 1974. Un estado de la cuestión se puede encontrar en Angeles Barrio Alonso, *La modernización de España, 1917-1939. Política y sociedad*, Síntesis, Madrid, 2004, pp. 220-236.

[11] Francisco J. Romero Salvadó, «Crisi, agonia i fi de la monarquia liberal», *Segle XX*, 1 (2008), p. 65.

El primer acto fue protagonizado por el reto pretoriano al poder civil plasmado en la publicación por las Juntas Militares de Defensa de un manifiesto el 1 de junio que conllevaba incluso la amenaza de un golpe sedicioso. Los efectos inmediatos fueron, por un lado, una nueva crisis gubernamental resuelta con la formación de un Ministerio Conservador encabezado por Eduardo Dato y, por el otro, la movilización de las fuerzas enemigas del régimen. Aprovechando la confusión, el principal partido catalán, la *Lliga Regionalista*, se erigió en el principal artífice del movimiento oposicionista, convocando, a los parlamentarios en favor de la renovación política del país a atender una Asamblea en Barcelona, el 19 de julio.

Este segundo acto de desafío político desembocó un mes después en el punto álgido del drama español de 1917 cuando los socialistas pusieron en marcha la huelga general indefinida anunciada en marzo. Sangrientas como en Petrogrado, las Jornadas de Agosto en España se cerraron con un resultado diametralmente diferente. Tras cerca de una semana de disturbios en las principales capitales, las tropas españolas aplastaron la huelga revolucionaria con gran dureza. Salvado por el ejército, el régimen tuvo que pagar un precio muy elevado: la transición de una monarquía liberal en una de tipo pretoriano bajo veto de la corona y las fuerzas armadas cuya plasmación final sería la Dictadura del General Primo de Rivera en septiembre de 1923.

El continuismo revolucionario

La explosión revolucionaria de 1917 no surgió del vacío. Tanto en España como en Rusia, fue el resultado de lo que se puede definir como «crisis de modernidad»: sociedades en proceso de modernización cultural y económica sin recíproco avance en el terreno político.

Rusia era una autocracia donde prácticamente todo el poder se hallaba concentrado en las manos del soberano (zar) cuya autoridad se sustentaba en una vasta burocracia y fuerzas armadas cuyos cuadros dirigentes se hallaban en manos de una aristocracia omnipotente. Aunque el país seguía dominado por la agricultura tradicional, tras la abolición de la servidumbre en el campo en 1861, Rusia emprendió un gigantesco programa de modernización económica saltando de golpe del estadio artesanal al de la gran fábrica. De la noche a la mañana, surgieron en las grandes ciudades complejos industriales masivos. Sin un mínimo de legislación laboral, los obreros eran explotados y sus protestas consideradas como una amenaza política y reprimidas con violencia. Tal situación facilitaba la solidaridad y radicalización del proletariado. Simultáneamente, mientras los grandes terratenientes habían preservado sus grandes propiedades casi intactas e incluso habían sido indemnizados por el estado, la masa campesina (más del 80 % de la población) aún debía rendir servicios a sus señores y además tenía que efectuar por 99 años pagos de indemnización por su redención.

Por su parte, España abrazó el liberalismo económico y político en el siglo XIX. Tras la Restauración de los Borbones al trono en diciembre de 1874, España parecía disfrutar de un sistema parlamentario moderno que incluía derechos civiles fundamentales. Sin embargo, bajo su apariencia constitucional, el liberalismo español garantizaba el monopolio del poder a una oligarquía gobernante. Dos partidos dinásticos —Conservadores y Liberales— se alternaban en el gobierno de una forma sistemática conocida como el turno pacífico en base a la apatía popular, el clientelismo y los fraudes electorales protagonizados por los caciques locales.

Tanto el liberalismo oligárquico español como la autocracia rusa no atendían los urgentes problemas socioeconómicos. Era pues endémico el estallido de conflictos huelguísticos, revueltas campesinas e incluso la violencia terrorista. Esta situación era peor en Rusia donde el absolutismo imperante a través de su poderosa policía secreta (*Okrana*) aplastaba cualquier tipo de oposición política.

La centralización zarista fomentaba la emergencia de movimientos nacionalistas a través de las provincias no rusas del vasto imperio. En España, en las regiones históricas de la periferia surgieron con el fin de siglo partidos nacionalistas de tipo social-conservador, siendo el más importante la *Lliga Regionalista* en Cataluña. Mientras sectores de las clases medias urbanas en España se identificaban con una variedad de atomizados partidos republicanos, en Rusia, industriales medios y miembros de las profesionales liberales apoyaban a partidos no necesariamente enemigos de la monarquía pero sí favorables a su evolución constitucional y cuyo mejor ejemplo fue el Constitucional-Demócrata. En cuanto al proletariado urbano y rural, no solo era la víctima natural de la represión estatal sino que adolecía de graves divisiones internas. En el caso español, mientras una tendencia marxista —representada por el Partido Socialista Obrero Español y el sindicato de la Unión General de Trabajadores— se consolidaba en el centro y norte del país, una corriente anarquista se arraigaba en el sur y este. En Rusia, el Partido Socialista Revolucionario, fundado en 1901, se autodefinía como el representante de las reivindicaciones ancestrales del maltratado pueblo. Heredero del populismo revolucionario, contenía un brazo armado responsable por una larga cadena de atentados terroristas. Basado en el proletariado urbano, el Partido Marxista o Social-Demócrata ruso a su vez se había escindido en 1903 en bolcheviques y mencheviques, cuyas diferencias se explicarán luego.[12]

Espontaneidad y dirección en el ciclo revolucionario

Prácticamente ningún académico disputa que la Revolución de Marzo en Rusia fue fruto de la espontaneidad. No debemos olvidar, sin embargo, que si la pro-

[12] Bolchevique, del nombre ruso *bolshinstvo* o «mayoría»; y menchevique, de *menshinstvo* o «minoría».

testa popular que derribó al zarismo no estaba planificada, la voluntad de derrocar al régimen estaba implantada en las masas obreras.[13] De hecho, la revolución pilló a los líderes socialistas por sorpresa.[14] Lenin, mejor revolucionario que profeta, había declarado a fines de enero de 1917 que la autocracia estaba condenada pero que su caída no la contemplaría su generación.[15] En gran parte, la confusión entre los dirigentes obreros en Petrogrado explica como al mismo tiempo que permitieron el establecimiento de un Gobierno Provisional dominado por partidos burgueses, desconfiados recrearon los antiguos consejos obreros (Soviets) que databan de una previa revolución en 1905.[16]

El estudio de la Revolución de Noviembre ha generado un debate mucho más acrimonioso. Los análisis oscilan desde la tesis de una conspiración de una minoría sin escrúpulos que azuzó la anarquía imperante para conquistar el poder hasta la conclusión de que los sucesos de noviembre representan la expresión lógica de un movimiento de ruptura definitiva con el pasado. Sin embargo, nadie diverge del protagonismo central del Partido Bolchevique.[17]

En el caso de España, el momento crítico del ciclo revolucionario —la Asamblea de julio y la huelga general de agosto— se sitúa a medio camino entre marzo y noviembre. Así, mientras la Asamblea se asemeja al intento del Gobierno Provisional ruso en establecer un nuevo orden político, la huelga se basaba en el movimiento popular que en marzo había puesto fin al reinado de los Romanovs pero sin la espontaneidad de aquel.

13 E. Acton, *Rethinking the Russian*, pp. 117-118.

14 Sukhanov, *The Russian Revolution*, p. 11.

15 Citado en Ronald G. Suny, *The Soviet Experiment*, Oxford University Press, Oxford, 1998, p. 35.

16 Leon Trotsky, *The History of the Russian Revolution*, Monad Press, Nueva York, 1961, vol. 1, p. 119; William H. Chamberlin, *The Russian Revolution, 1917-21*, Princeton University Press, New Jersey, 1987, vol. 1, p. 73.

17 Para una puesta al día del debate, *vid*. E. Acton, *Rethinking the Russian*, pp. 28-48. Para la tesis conspirativa, *vid*. Robert Pipes, *The Russian Revolution*, *1899-1919*, Fontana, Londres, 1990, pp. 482-485 y *Three Whys of the Russian Revolution*, Pimlico, Londres, 1995, pp. 31-32, 56-57. En una posición intermedia se encuentran las conclusiones de O. Figes, *A People's Tragedy*, p. 484 y G. Suny, *The Soviet Experiment*, p. 54. Hoy en día, buena parte de la literatura concluye que los bolcheviques simplemente recogieron el poder debido a su capacidad de sincronización con la existente movilización sociopolítica. *Vid*. por ejemplo, Stephen A. Smith, *The Russian Revolution: A Very Short Introduction*, Oxford University Press, Oxford, 2002, p. 38; W.H. Chamberlin, *The Russian Revolution*, vol. 1, p. 313; Diane P. Koenker y William G. Rosenberg, *Strikes and Revolution in Russia, 1917*, Princeton University Press, Princeton, 1989, pp. 328-329; Donald J. Raleigh, «Political Power in the Russian Revolution: A Case Study of Saratov», pp. 50-52, y Robert Service, «The Bolsheviks on political Campaign in 1917: A case Study of the War Question», pp. 304-305, ambos en E. R. Frankel, J. Frankel y B. Knei-Paz (eds.), *Revolutions in Russia*.

Entre la guerra y la revolución

Como ya hemos mencionado, la frecuencia de disturbios populares, a menudo revestidos de gran violencia, no era extraordinario en Rusia ni en España. En este contexto, la guerra constituyó un factor primordial de concienciación social y movilización contra el estado.

En España, la estruendosa derrota en la guerra contra los Estados Unidos en 1898 cristalizó en llamadas por la regeneración nacional. El estallido de hostilidades en una nueva aventura imperialista en Marruecos en 1909 desató una protesta masiva que en Barcelona desencadenó días de barricadas y quema de edificios religiosos. La llamada Semana Trágica ensanchó las distancias entre ejército y corona con las cada vez más fragmentadas élites dinásticas, llevó a los socialistas a establecer una conjunción con los partidos republicanos y condujo a la creación por secciones del proletariado que rechazaban el parlamentarismo burgués del sindicato anarcosindicalista de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT).

En cuanto a Rusia, la derrota en la Guerra de Crimea, a mediados del siglo XIX, convenció a las autoridades zaristas a embarcarse en un proyecto de modernización industrial que resultó en la erosión de las fundaciones del régimen. En febrero de 1904, las ambiciones imperialistas de Rusia desataron un conflicto armado en el Lejano Oriente. En vez de la «breve y triunfante guerra» en que soñaban los gobernantes,[18] la contienda terminó con la sorprendente victoria del Japón. Tal humillación galvanizó la movilización general contra la anquilosada y ahora ridiculizada autocracia. Durante el año 1905, la monarquía de los Romanov se tambaleó ante la protesta masiva de diferentes sectores sociales: manifestaciones de estudiantes y miembros de las clases medias, huelgas masivas culminando con la creación en octubre de Soviets en San Petersburgo y Moscú, levantamientos campesinos, resurgir nacionalista en las provincias no rusas y motines en la flota.[19]

Tanto Lenin como Trotsky afirmarían que los acontecimientos de 1905 habían sido el ensayo general del drama revolucionario de 1917.[20] El hasta entonces impregnable zarismo mostró su vulnerabilidad al verse Nicolás II obligado a ratificar

18 Palabras atribuidas al poderoso ministro del interior Vyacheslav K. von Plehve, citado en W.H. Chamberlin, *The Russian Revolution*, vol. 1, p. 47.

19 El Soviet de San Petersburgo, creado en octubre, cimentaría la fama de su líder, el entonces menchevique Leon Trotsky, quien escribió una obra de la experiencia revolucionaria de 1905: *La Revolución de 1905*, Planeta, Barcelona, 1977. El motín del acorazado *Potemkin*, en junio, luego inmortalizado en el cine por Sérgei Eissenwein (1925), representó el punto culminante de la revuelta en la armada rusa. El momento más recordado es, sin embargo, la brutal represión de la manifestación pacífica de obreros el 9 de enero de 1905 en San Petersburgo (Domingo Sangriento) donde murieron más de 1.000 personas. Tras tal episodio, la imagen del zar como el «padrecito del pueblo» se había desvanecido. *Vid*. Roger Pethybridge (ed.), *Witnesses to the Russian Revolution*, Allen & Unwin Ltd, Londres, 1964, p. 30.

20 L. Trotsky, *La Revolución de 1905*, pp. 11, 21. Durante 1905, Lenin escribió *Two Tactics of Social-Democracy in the Democratic Revolution*, donde rechazaría que los socialistas debían jugar la parte de

en octubre los derechos civiles básicos, la legalización de partidos políticos y el establecimiento de una Duma o parlamento elegido en voto libre. Sin embargo, pronto se demostró los límites de la voluntad reformista del monarca. Con el brote revolucionario bajo control en 1906, el zar, arrepentido de su reciente debilidad, confirmó el absolutismo como centro del orden político y reafirmó su control sobre el ejecutivo, política exterior, Iglesia y fuerzas armadas. La Duma fue disuelta tres veces entre 1906 y 1912 y el voto electoral restringido para conseguir un parlamento cada vez más dócil.[21]

La Primera Guerra Mundial funcionó como catalizador social y precipitó niveles sin precedentes de transformación económica y movilización popular; un proceso que aceleró la entrada de las masas en la política y, por tanto, erosionó los fundamentos de aquellos regímenes oligárquicos que dependían de la apatía o sumisión de grandes porcentajes de la población.

España no entró en la guerra, pero la guerra entró en España y su impacto fue formidable.[22] Por un lado, la cuestión de neutralidad polarizó al país en un debate de tal intensidad que según el historiador americano, Gerald Meaker, adquirió la cualidad de una guerra civil dialéctica. Las derechas en general —los terratenientes, la Iglesia, el ejército y la corte— se identificaban con la idea de orden social jerárquico, monarquismo y tradición que encarnaban los Imperios Centrales. Por el contrario, los regionalistas catalanes, los republicanos, los socialistas y los intelectuales eran partidarios de los Aliados pues confiaban que su victoria representase el progreso de la causa de la democracia en Europa.[23] Simultáneamente, los efectos socioeconómicos de la guerra fueron enormes. Debido a la repentina explosión de los precios y del volumen de comercio, España experimentó desde 1915 una era de beneficios astronómicos. Sin embargo, como sugiere Raymond Carr, la inusitada prosperidad solo contribuyó a exhibir sus defectos estructurales.[24] Mientras las clases propietarias y los especuladores acumulaban riquezas insólitas, la mayoría de la población sufrió un vertiginoso empeoramiento de su nivel de vida a causa de la inflación galopante, el acaparamiento y la escasez de productos de primera necesidad. En consecuencia, regionalistas catalanes, sindicatos obreros y militares comenzaron a organizarse abiertamente contra el régimen en 1916: los primeros demandaron por primera vez en el parlamento en junio la concesión de autonomía para Cataluña, los segundos

subsidiarios de la burguesía liberal. *Vid*. esta obra en Vladimir I. Lenin, *Selected Words*, Lawrence & Wishart, Londres, 1971, pp. 51-52.

21 El zar se quejó en sus diarios de haberse rendido ante la presión de algunos ministros. *Vid*. R. Pethybridge, *Witnesses to the Russian*, p. 45.

22 F. Romero Salvadó, *España, 1914-18*, p. ix.

23 Gerald Meaker, «A Civil War of Words», en Hans A. Schmitt (ed.), *Neutral Europe between War and Revolution, 1917-1923*, University of Virginia Press, Charlottesville, 1988, pp. 1-2, 6-7.

24 Raymond Carr, *España, 1808-1975*, Ariel, Barcelona, 1983, p. 481.

comenzaron un mes más tarde una campaña de movilización, y los terceros establecieron las Juntas Militares de Defensa.[25]

El impacto de la guerra fue inmensamente mayor en Rusia. El vasto pero pobre imperio ruso no estaba preparado para un conflicto de tal escala. La fábrica social de ningún otro país combatiente sufrió tal conmoción. Cerca de quince millones de en su mayoría campesinos fueron enlistados, los campos desprovistos de mano de obra, ganado y materias primas.[26] Espectaculares ofensivas se saldaron en brutales derrotas debido a la defectuosa intendencia, precariedad de servicios logísticos y escasez de municiones. Al mismo tiempo, las privaciones económicas en la retaguardia pronto transformaron el patriotismo inicial en agitación sociopolítica contra el régimen.[27] El año 1917 comenzó con uno de los inviernos más crudos en décadas. La vasta población proletaria y militar de la capital acababa de recibir noticias de nuevos recortes en sus ya precarias raciones de combustible y alimentos. Petrogrado era un barril de pólvora. La manifestación de obreras el 8 de marzo contra los altos precios del escaso pan fue la mecha.

Crisis orgánica de la clase dirigente

Según Antonio Gramsci, hay momentos históricos en que empresas de profundo impacto como guerras producen la pérdida de confianza de secciones de la clase socioeconómica dirigente hacia sus representantes políticos. Esta situación que calificó de crisis orgánica había tenido repercusiones especiales en Rusia.[28] Europa occidental poseía más desarrolladas sociedades civiles, con significantes porcentajes de clases medias contrarias a apoyar un movimiento revolucionario de tipo radical y una tradición de liberalismo político que ofrecía fórmulas de compromiso en determinados momentos de grave tensión social. Por toda su apariencia de fortaleza, la hegemonía del zarismo descansaba en su férreo control de una sociedad política jerárquicamente estratificada y en su vasto poder repre-

25 Para el caso de los regionalistas catalanes, *vid*. Francesc Cambó, «El problema catalá» (7-8 y 15 de junio, y 1 y 8 de julio de 1916), en *Discursos parlamentaris, 1907-35*, Alpha, Barcelona, 1991, pp. 311-373; Charles E. Ehrlich, «*Per Catalunya I l'Espanya Gran*»: Catalan Regionalism on the Offensive, 1911-19», *European History Quarterly*, 28, 2 (1998), p. 190; y F. Romero Salvadó, *España 1914-18*, pp. 53-56. Para el proletariado *vid*. Fundación Pablo Iglesias (FPI), Archivo Amaro del Rosal, *Actas del Comité Ejecutivo de la UGT, 1916-1918* (AARD-IX, 11 de mayo y 21 de julio de 1916). Para los militares, *vid*. J. Buxadé, *España en crisis*, p. 39; y Benito Márquez y José M.ª Capó, *Las Juntas Militares de Defensa*, Porvenir, La Habana, 1923, p. 24.

26 James D. White, *The Russian Revolution, 1917-1921*, Arnold, Londres, 1994, p. 49.

27 El patriotismo inicial incluso entre el proletariado industrial es confirmado por el mismo Kerensky: *Memoirs*, Cassell & Company Ltd, Londres, 1965, p. 128.

28 Quintin Hoare y Geoffrey Novell Smith, *Selections from the Prison Notebooks of Antonio Gramsci*, Lawrence & Wishart, Londres, 1986, pp. 210, 274.

sivo. Tras la experiencia de 1905, el zar había demostrado los límites de su reformismo político. Cualquier tipo de transformación sociopolítica importante demandaba una revolución que derribase la autocracia.

Trotsky, en su relato de los acontecimientos de 1917, destaca los símiles entre el derrumbamiento zarista y el colapso del *ancien régime* francés.[29] La crisis del absolutismo en Francia fue claramente agravada por la actitud de un indolente monarca, criado bajo la sombra de un poderoso padre, abrumado por la responsabilidad del cargo pero contrario a renunciar a sus heredados derechos divinos, y dominado por una ambiciosa e impopular reina extranjera, a su vez rodeada de una camarilla de aventureros e intrigantes. Solo debemos sustituir a Luis XVI por Nicolás II, la austriaca María Antonieta por la alemana Alejandra, y los Cagliostros y Fersens de la corte francesa por Monsieur Philippe y particularmente Grigori Efimovich Novoyk (más conocido por su apodo de Rasputin) de la rusa.

Ignorando las señales de aviso de 1905, las autoridades pensaban que una breve y triunfal campaña victoriosa cimentaría el patriotismo. Por el contrario, se encontraron con un escenario de ruina socioeconómica en la retaguardia y catastróficas derrotas en el frente. Para empeorar la situación, el zar tomó la nefasta decisión de reemplazar a su tío el Gran Duque Nicolás Nicoláievich como jefe supremo del ejército. A partir de entonces, el monarca sería asociado con la pésima marcha de la guerra. Además, habiendo dejado de facto a Alejandra a cargo del gobierno, la monarquía se convirtió en objeto de escarnio, pues hasta su asesinato en diciembre de 1916, Rasputin fue el auténtico gobernante de Rusia. A pesar de verse envuelto en numerosos escándalos, se había ganado la confianza de la zarina pues parecía capaz de aliviar la hemofilia que devastaba la vida de su hijo y heredero Alexéi.[30]

La nacionalidad de la zarina y la ambigua posición del mismo Rasputin como de algunos ministros hacia la guerra contra Alemania animaban los rumores de sabotaje en la corte y acrecentaba el divorcio entre las autoridades y sectores de la clase dirigente. En noviembre de 1916, Miliukov acusó al gobierno de demencia o de traición.[31] Desde 1915, su partido formaba parte del llamado Bloque Progresivo en la Duma que abogaba por la formación de un gobierno responsable ante el parlamento que pudiese proseguir la campaña con todo el vigor necesario. En realidad, tal Bloque tenía poco de progresivo pues en él participaban conservadores tan reaccionarios como el empresario Alexandr Guchkov y el terrateniente Mikhail Rodzianko, el antiguo y el actual presidente de la Duma respectivamen-

29 Trotsky, *The History*, vol. 1, pp. 75-77, 91-100.

30 W.H. Chamberlin, *The Russian Revolution*, vol. 1, pp. 69-70.

31 Kerensky, *Memoirs*, p. 179.

te.[32] Su objetivo no era derribar la monarquía, sino un golpe palaciego contra Nicolás y la detestada zarina.[33]

Nada en tal escala de derrumbamiento interno aconteció en España. A diferencia de su avidez imperialista en Marruecos por la que recibiría el sobrenombre del *africano,* durante la Gran Guerra Alfonso XIII pasaría por una fase inicial de simpatías aliadófilas a otra, en gran parte influida por el destino de su primo el zar, netamente germanófila. Sin embargo, mantendría contra viento y marea la neutralidad oficial de su reino y cuando esta se vio amenazada por la posición partidista de uno de sus gobiernos —aquel dirigido por el conde de Romanones en abril de 1917— acabó forzando su caída.[34] El conflicto del Riff, especialmente tras el desastre de Annual en el verano de 1921, acabaría pasándole una factura importante al soberano español. No obstante, la hecatombe marroquí tuvo lugar después del auge revolucionario en cuestión. Además, se trataba de un conflicto colonial y por tanto con un impacto muy inferior al brutal de la contienda continental de 1914.

A diferencia de Rusia, el régimen no experimentó deserciones fundamentales en este momento histórico. En este sentido, el rechazo de Antonio Maura a jugar el papel de Rodzianko fue crucial. Apóstol de la «revolución desde arriba» y crítico de la artificialidad del sistema, Maura tras haber sido abandonado en 1913 por la mayoría de notables del Partido Conservador se había encontrado liderando un movimiento bullicioso y disidente de derechas (maurista) que decía continuar su obra de regeneración nacional.[35] En la coyuntura clave del verano de 1917, Maura podía haber constituido el eslabón fundamental entre oficiales y parlamentarios.[36] Tanto las Juntas Militares como la Asamblea buscaron su apoyo. Sin embargo, a pesar de su crítica mordaz del sistema gobernante, y en contra de la opinión de figuras dirigentes del maurismo como el antiguo gobernador civil de Barcelona, Ángel Ossorio, e incluso sus hijos Gabriel y Miguel, Maura rechazó tajantemente seguir la senda subversiva.[37]

32 Dirigentes del Partido Octubrista, auténtico bastión de la monarquía.

33 R. Pipes, *The Russian Revolution*, p. 246.

34 F. Romero Salvadó, *Foundations*, pp. 64-66.

35 Ángel Ossorio, *Mis Memorias*, Losada, Buenos Aires, 1948, pp. 103-104.

36 Según Gabriel Maura, gran parte de la derecha hubiese seguido a su padre incluso contra la corona en aquel momento. *Vid*. Gabriel Maura y Melchor Fernández Almagro, *Por qué cayó Alfonso XIII*, Ambos Mundos, Madrid, 1948, p. 302.

37 Muchos mauristas vieron en la Asamblea la revolución que Maura llevaba predicando durante años. *Vid*. Fundación Antonio Maura, *Archivo Antonio Maura* (AAM), Leg. 80, Ossorio a Maura (9 julio 1917); Leg. 362, carp. 2, Miguel a Antonio Maura (24 de junio de 1917) y Gabriel a Antonio Maura (26 de junio, 3, 8, 13-14 de julio 1917). Por su parte, Maura calificó a las Juntas de «engendro monstruoso de añeja depravación» e incluso rehusó recibir a un mensajero de la Junta de Barcelona al que dejó en la calle bajo un diluvio: Maura y Fernández Almagro, *Por qué cayó*, Antonio a Gabriel Maura (30 de junio de 1917), pp. 488-9. Del mismo modo, Maura negó adherirse a la Asamblea, pues pensaba que podía poner

La pasividad de Maura ayudó a las autoridades a recuperar la iniciativa y en cierta medida determinó la estrategia de la *Lliga*. En anteriores trabajos, sugerí que el dirigente catalán Francesc Cambó rehusó en 1917 a jugar el papel de Kerensky en España.[38] Habiendo analizado en más profundidad el escenario ruso, pienso que la posición del líder de la *Lliga* se asemeja mucho más a aquella de Miliukov. Como aquel, se trataba del jefe de un partido conservador jugando la carta revolucionaria para forzar al régimen a aceptar reformas; reformas que últimamente no solo le abrirían las puertas del poder sino que además consolidaría el orden social vigente. Cambó llegaría a declarar que «dadas las circunstancias, lo más conservador era ser revolucionario».[39] La *Lliga* no buscaba el asalto a la Bastilla sino el conseguir pacíficamente una revolución política para impedir una convulsión social mucho más profunda que podía causar el mantenimiento en esos momentos de un régimen desacreditado e impopular.[40]

Cambó era consciente de que sin el concurso de los mauristas, la Asamblea, claramente escorada hacia la izquierda, podía fácilmente ser presentada como un proyecto cocinado entre separatistas y revolucionarios y era por tanto incapaz de ganar simpatías en los cuarteles.[41] A pesar de que la revolución se hacía con el objetivo de implementar su programa, durante las sangrientas jornadas de agosto, los gerifaltes de la *Lliga* permanecieron a la expectativa. Como sus homólogos en el Gobierno Provisional, aunque no habrían rechazado el poder si se les hubiese entregado en bandeja, no se encontraban a gusto asociados con disturbios callejeros. Una vez aplastada la huelga, Cambó no mostró ninguna inhibición en distanciarse de los sucesos recientes e incluso calificarlos de mera tontería. Como para Miliukov en 1905 (y si hubiese podido en 1917),[42] había límites prácticos a su apuesta revolucionaria. El proletariado podía ser utilizado como compañero de viaje. Pero al final, intereses de clase primaban. En noviembre, la *Lliga* destruía la Asamblea, encarnación de la deseada renovación política, y se plantaba tras haber adquirido una parcela importante de poder (dos carteras, una de ellas Economía) en un gobierno de coalición monárquica que efectivamente ponía fin al turno pacífico.[43]

en peligro a la monarquía: *ibid*., Antonio a Gabriel Maura (6 de julio de 1917), p. 489; AAM, leg. 397, carp. 7, Maura a Ossorio (12 de julio de 1917).

38 F. Romero Salvadó, *España 1914-1918*, p. 176.

39 M. Burgos y Mazo, *Vida política española*, pp. 108-10. F. Cambó («El problema catalá», 7 de junio de 1916, en *Discursos*, p. 321) se quejaba en las Cortes que un partido como el suyo preparado para gobernar se veía condenado a estar constantemente en la oposición.

40 J.A. Lacomba, *La crisis española de 1917*, pp. 167, 201.

41 AAM, Leg. 19, Cambó a Gabriel Maura (10 de julio de 1917).

42 Sukhanov, *The Russian Revolution*, p. 102.

43 F. Cambó (*Memorias,* Alianza, Madrid, 1987, p. 262) afirma que estuvo encantado con el resultado de la crisis de 1917. No solo les había abierto con plena dignidad las puertas del poder, sino que terminaba su inquietud a perder el control ante las maquinaciones del ala izquierdista de la Asamblea. El análisis

Las fuerzas armadas

Las fuerzas armadas jugaron un papel crucial en determinar el curso del drama revolucionario. Tanto en la España de la Restauración como en la Rusia zarista, el ejército constituía la guardia pretoriana del régimen aplastando todo conato de protesta popular. Los generales habían liquidado el breve experimento republicano y restaurado a los Borbones al trono en diciembre de 1874. A cambio, ocupaban escaños en la Cámara Alta, muchos habían sido ennoblecidos y sabían intocable el vasto presupuesto de defensa que en gran parte se destinaba a pagar sus sueldos. Grandes duques y otros miembros de la familia imperial encabezaban las fuerzas armadas rusas, las más gigantescas en Europa (cerca de un millón y medio de soldados en tiempos de paz). Su intervención en 1905 había demostrado que seguía siendo en última instancia el pilar del absolutismo y la unidad del imperio.

A comienzos de 1917, el ejército ruso se hallaba cerca del colapso.[44] Deficientemente avituallados y sacrificados en gigantescas ofensivas, el número de deserciones de soldados se había disparado y la desmoralización crecía en la retaguardia.[45] En marzo, la guarnición de Petrogrado —150.000 hastiados reservistas hacinados en insalubres barracones previstos para 20.000 hombres— se solidarizaron con los disturbios callejeros.[46] El golpe final a la monarquía fue asestado por los generales en el frente abandonando al zar y aconsejando su abdicación. Hartos de la ineficiencia y corrupción de la camarilla imperial, el alto mando y sus aliados en el Bloque Progresivo pensaban que un cambio en el ocupante del trono era un precio razonable para unificar al país y proseguir con éxito la guerra.[47]

En realidad, los oficiales zaristas habían abierto una caja de Pandora que ya no podría cerrarse. Tras siglos de servidumbre y explotación, el derrumbamiento

de contemporáneos y académicos hacia la táctica política de la *Lliga* oscila entre calificarla de pragmatismo o de mero gitaneo. Para un estado de la cuestión, *vid*. F. Romero Salvadó, *España 1914-18*, pp. 174-176, 255-256 (nota 48).

44 Sufriría más bajas (8 millones) que ningún otro país beligerante. W.H. Chamberlin, *The Russian Revolution*, vol. 1, p. 65.

45 O. Figes, *A People's Tragedy*, p. 380.

46 El momento clave fue la noche del tercer día de disturbios (11 de marzo). Tropas del Regimiento Volynsky que habían destacado por su violencia ametrallando a los manifestantes, se amotinaron y mandaron emisarios a los barracones de otros regimientos. Por la mañana, la mayoría de la guarnición de Petrogrado había desertado a las autoridades. *Vid*. O. Figes, *A People's Tragedy*, pp. 312-17; y W.H. Chamberlin, *The Russian Revolution*, vol. 1, pp. 77-80.

47 O. Figes (*A People's Tragedy*, pp. 341-342) y R. Pipes (*The Russian Revolution*, p. 285) sugieren que la revolución podía haber quedado confinada a Petrogrado y luego aplastada por tropas leales. Pero, el estado mayor zarista dirigido por el General Alexeev abandonó al zar, quien acabó abdicando a favor de su hermano Miguel. La tesis del golpe palaciego llevado a cabo por el generalato es suscrita por Trotsky, *The History*, vol. 1, pp. 87-89.

de la autocracia desencadenó una tempestad revolucionaria. Durante los primeros días del nuevo orden, los generales y el Gobierno Provisional vieron con horror e impotencia como el Soviet de Petrogrado liquidaba toda ilusión de mantener la monarquía y después introducía la llamada «Orden Número Uno» que anulaba el antiguo código de disciplina militar y sancionaba la creación de comités en los regimientos.[48] No solo las fábricas y el campo, sino también los barracones militares se convirtieron en centro de debate político. Tierra y paz serían los objetivos del ahora liberado soldado-campesino. Kerensky apostó por una nueva ofensiva en julio. Quiso convertir la campaña en una guerra nacional-democrática que devolvería disciplina al ejército y consolidaría el nuevo régimen. El resultado fue el opuesto. La consiguiente debacle selló el destino del Gobierno Provisional y facilitó la ascensión de los bolcheviques al poder.[49]

También la guerra aceleró el divorcio entre la clase gobernante y las fuerzas armadas en España. Sin embargo, como pudo comprobar el general José Marina, enviado a Barcelona a sofocar la insubordinación militar en junio de 1917, las Juntas no constituían una amenaza al régimen. Por toda su retórica reformista,[50] sus quejas eran de tipo corporativo: mejores condiciones, aumento de sueldos y el mantenimiento estricto de la escala cerrada en la cuestión de ascensos.[51] Durante el verano, el monarca comenzó a alabar en público el patriotismo de las Juntas y hacerles partícipes su intención de satisfacer todas sus demandas a través de emisarios como el capitán general Valeriano Weyler.[52] Al mismo tiempo, el Gobierno Dato llegó al extremo de utilizar los servicios del gobernador civil de Barcelona (Leopoldo Matos) para prometer a los oficiales todo tipo de concesiones (incluyendo el retirar del servicio activo a aquellos generales que ellos vetasen e incluso sustituir al existente ministro de la Guerra —Fernando Primo de Rivera— por quien ellos indicasen).[53]

48 Para el impacto de la Orden n.º 1, *vid*. W.H. Chamberlin, *The Russian Revolution*, vol. 1, p. 86. El fracaso de Miliukov y sus aliados ante el veto del Soviet a aceptar una monarquía está detallado en Sukhanov, *The Russian Revolution*, pp. 121-123, 152-154.

49 Estoy de acuerdo con O. Figes (*A People's Tragedy*, pp. 408-9) en la idea de ver la ofensiva militar como *gamble* (apuesta). S.A. Smith (*The Russian Revolution*, p. 24) subraya que su brutal fracaso favoreció el ascenso al poder de los bolcheviques, el partido asociado con poner fin a la guerra. Kerensky (*Memoirs*, p. 269) por supuesto defiende su papel abogando por la continuación de una guerra necesaria para aplastar el imperialismo alemán. Según Sukhanov (*The Russian Revolution*, p. 242), el dirigente menchevique Iraki Tsereteli (miembro del comité ejecutivo del Soviet de Petrogrado y ministro de Comunicaciones en el Gobierno Provisional) jugó un papel fundamental en vender la guerra como una campaña en defensa de la revolución.

50 Virulentas editoriales contra la oligarquía gobernante emanaban de *La Correspondencia Militar*, el órgano de prensa de las Juntas (12, 14 y 15 de junio de 1917).

51 C. Boyd, *Praetorian Politics*, pp. 63-64.

52 Archivo del Palacio Real, sec. 15.621, exp. 15.

53 *Vid*. Biblioteca de la Real Academia de la Historia, *Archivo Eduardo Dato*, leg. Juntas (julio 1917) y Archivo Histórico Nacional (AHN), *Archivo de Leopoldo Matos*, leg. 3115, n.º 26-31.

Una vez estallada la huelga revolucionaria en agosto, a diferencia del caso ruso, las tropas españolas no se encontraban desmoralizadas tras años de amargas derrotas. Promesas de mejoras salariales junto con rumores alimentados por el gobierno de que oro extranjero estaba financiando la revuelta ayudaron a desvanecer las últimas vacilaciones.[54] Así, los oficiales concluyeron que era mejor ametrallar a los obreros en España que irse a cavar trincheras a Francia. Dos meses después, el drama revolucionario español de 1917 concluía con un epílogo revelador: las fuerzas armadas forzaban la dimisión del Ministerio Dato demostrando así la precariedad de la soberanía civil.[55]

El Partido de Acción

Por último, un elemento vital para comprender la evolución del proceso revolucionario es, sin duda, la estrategia del Partido de Acción —el grupo político que lidera el movimiento insurreccional—.[56] Es en este contexto donde el caso ruso no tiene parangón con sus homólogos en Europa. Bajo la autocracia zarista, donde obreros arriesgaban su libertad por participar en actividades sindicales o políticas, no existía ninguna acomodación posible con el régimen. Los líderes de la oposición habían experimentado persecución, cárcel o destierro. En su mayoría intelectuales de primera fila, versátiles en varias lenguas y familiares con las principales ciudades europeas tras años de exilio, solo el triunfo de la revolución podía garantizarles regresar a casa.[57]

A la premisa de Marx de que la revolución es la locomotora de la historia, Lenin añadió que todo revolucionario debe dirigir a las masas a la victoria más absoluta y decisiva.[58] Con ese objetivo, el Partido Bolchevique nació de una escisión del Partido Social Demócrata Ruso durante un congreso en el exilio en Londres en 1903. Los mencheviques (o la minoría en aquel momento) buscaban formar un movimiento de masas con arraigo parlamentario y gran fuerza sindical que colaboraría con la burguesía en la creación de una república de corte democrático. Por el contrario, la mayoría (o bolcheviques) se alienaron con las tesis de Lenin en favor de establecer la dictadura del proletariado y el campesinado sin

54 Public Record Office, *Foreign Office* 185-1346/433 y 371-3034/175803 (24 y 31 de agosto de 1917).

55 Un mensaje aprobado por todos los cuerpos del ejército pidiendo el cese del Ministerio Dato fue entregado al rey. A cambio, los oficiales garantizaban la disolución (forzada, si era necesario) del nuevo parlamento si se mostraba contrario a la dinastía. B. Márquez y J. Capó, *Las Juntas Militares*, pp. 216-223.

56 El nombre Partido de Acción se toma prestado de Gramsci, en Q. Hoare y G. Novell Smith, *Selections from the Prison Notebooks*, p. 57.

57 L. Trotsky, *1905*, p. 34.

58 Lenin, *Two Tactics*, pp. 125-126.

pasar por una etapa burguesa previa. Además, Lenin, influenciado por la tradición populista rusa, propugnaba la creación de un partido de nuevo tipo: centralizado, disciplinado y formado por una élite de profesionales de la revolución.[59]

La plana mayor del movimiento socialista español no podía distar más de esta imagen. La ideología dominante en la UGT-PSOE, conocida como «Pablismo» debido a la influencia de su histórico líder Pablo Iglesias, no divergía en gran medida de otros partidos marxistas europeos. Políticos reformistas y miembros de la burocracia sindical, felizmente anclados en la comodidad del determinismo económico y el fiero radicalismo del discurso oficial, estaban convencidos del inevitable triunfo final del socialismo. Sin embargo, en vez de preparar la distante revolución, perseguían una estrategia gradualista que al tiempo que implicaba una cierta aceptación de la legalidad imperante les permitía consolidar ciertas parcelas de influencia en el mundo sindical, la vida municipal y —apenas en el caso español— en la política estatal.[60]

Una vez estallada la Gran Guerra, los bolcheviques concluyeron que el cataclismo causado por la contienda imperialista no solo ofrecía la oportunidad de derribar la autocracia sino que había hecho de la revolución socialista mundial una necesidad histórica.[61] Por su lado, los dirigentes de la UGT-PSOE se identificaron rápidamente con la causa de los Aliados que ellos percibían como la de democracia y liberalismo.[62]

Contemporáneo de los acontecimientos, el escritor ruso Maxim Gorki calificó a Lenin de genio de la revolución.[63] En sus *Lecciones de Octubre*, al tiempo que Trotsky subrayaba el papel fundamental que jugó el Partido Bolchevique en la conquista del poder, reconoció que aunque marxistas en general deben evitar el poner énfasis en personajes particulares, sin Lenin la historia de la Revolución rusa podría haber sido muy diferente.[64] De hecho, la originalidad de aquel con-

[59] Estas ideas ya habían sido expuestas en su crucial trabajo, ¿Qué debemos hacer?, originalmente publicado en febrero de 1902: *What is to Be Done?*, Penguin, Londres, 1988, pp. 162-212. Significativamente, Lenin había tomado prestado el título de su libro de la obra clásica de uno de los dirigentes del populismo revolucionario ruso, Nikolai Chernichevski (1863), que narra la historia de un joven idealista que dedica su vida a la revolución.

[60] Paul Heywood, *Marxism and the Failure of Organized Socialism in Spain, 1879-1936*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990, pp. 1-3; Manuel Pérez Ledesma, *Pensamiento Socialista español a comienzos de siglo*, Centro, Madrid, 1974, pp. 26-54; Santos Juliá, *Los Socialistas en la política española, 1879-1982*, Taurus, Madrid, 1997, pp. 16-49.

[61] Christoper Hill, *La Revolución Rusa*, Ariel, Barcelona, 1983, pp. 153-154; N. Harding, *Lenin's Political Thought*, vol. 2, pp. 58-62.

[62] Antoni Fabra Ribas, *El socialismo y el conflicto europeo*, Prometeo, Madrid, 1975. La postura en favor de los Aliados ganó apoyo oficial durante el X Congreso del PSOE celebrado en Madrid (24-31 de octubre de 1915). *Vid*. Luis Gómez Llorente, *Aproximación a la historia del socialismo español*, Diálogo, Madrid, 1976, pp. 165-166.

[63] Citado en R. Pethybridge, *Witnesses to the Russian*, p. 55.

[64] L. Trotsky, *The Lessons*, pp. 13-15, 49-52, 58.

sistió en exponer con singular claridad en sus *Tesis de Abril* la gran paradoja de la Revolución de Marzo. Liberados de sus yugos tradicionales, la caída del trono había desatado las expectativas revolucionarias de las masas.[65] La insurrección callejera había entregado el poder a los Soviets cuyos líderes, sin embargo, rehusaban ejercerlo y habían permitido la formación de un Gobierno Provisional burgués que posponía cuestiones vitales como la distribución de la tierra, continuaba la guerra de expolio del zarismo e intentaba frenar los avances de la revolución.[66]

Las conclusiones de Lenin desataron un terremoto político e incluso por breve tiempo le aislaron dentro de su propio partido, pero coincidían plenamente con los sentimientos del pueblo.[67] La situación paradójica de marzo conoció un nuevo crescendo cuando manifestaciones masivas estallaron en julio en Petrogrado contra la impopular guerra y demandando a los mencheviques y socialistas revolucionarios que controlaban los Soviets a tomar el poder. Los bolcheviques se vieron arrastrados por los acontecimientos pero se abstuvieron de trasformar las protestas en una revuelta pues concluyeron que la insurrección podía triunfar en la capital pero no contaba con apoyos sólidos en el resto del país. Aunque una vez reprimidos los disturbios por tropas del frente, Lenin tuvo que huir a Finlandia y otros dirigentes como Trotsky fueron encarcelados, su ambigua posición salvó al partido de ser objeto de la consiguiente represión.[68]

Ni el PSOE eran los bolcheviques, ni Pablo Iglesias era Lenin. Habiendo aceptado a regañadientes las demandas de las bases de formar un pacto con la CNT en julio de 1916, durante los siguientes meses, Iglesias y sus compañeros frenaron

65 E. Acton, *Rethinking the Russian*, pp. 183-89; E.R. Frankel, *Revolutions in Russia*, pp. 34-37.

66 Vladimir I. Lenin, *The Tasks of the Proletariat in Our Revolution*, Lawrence & Wishart Ltd, Londres, sin fecha, pp. 3-8, 15-16. La paradoja revolucionaria fue recalcada por L. Trotsky, *The History*, vol. 1, pp. 157-158, 164, 168; Para una visión más global, *vid.* Pamela Pilbeam, «Chasing Rainbows: the Nineteenth-Century revolutionary Legacy», en Moira Donald y Tim Rees (eds.), *Reinterpreting Revolutions in Twentienth-Century Europe*, Macmillan, Londres, 2001, p. 27.

67 La importancia de las *Tesis de Abril* es enfatizada en Robert Service, *Lenin, A Political Life*, Macmillan, Londres, 1995, vol. 2, pp. 155-6; N. Harding, *Lenin's Political Thought*, vol. 2, pp. 150-2; y Christopher Read, *From Tsar to Soviets: The Russian People and their Revolution, 1917-21*, UCL Press, Londres, 1996, pp. 152-153. L. Trotsky (*The History*, vol. 1, p. 312) escribe que en el órgano de prensa bolchevique, *Pravda*, llegó a constar una nota alegando que «tales tesis no representaban sino la opinión particular de Lenin».

68 Las Jornadas de Julio (16-18 de julio) son enormemente confusas. R. Pipes (*The Russian Revolution*, pp. 429-430) las considera como una intentona fallida de golpe de estado bolchevique. En realidad, el alzamiento del proletariado de la capital fue como en marzo espontáneo. Los bolcheviques (como los mencheviques y socialistas revolucionarios) se vieron sorprendidos por su intensidad y si lo hubiesen deseado podrían haber tomado el poder en Petrogrado. Esta es la conclusión del dirigente menchevique Sukhanov (*The Russian Revolution*, pp. 425, 429-431, 480) quien a posteriori destacó la locura de sus compañeros socialistas de insistir, en contra de las masas, en compartir el poder con la burguesía, masas que hasta ese momento apoyaban a mencheviques y socialistas revolucionarios.

los impulsos más radicales de sus nuevos socios.[69] Opuesto a toda intentona revolucionaria hasta el final, Iglesias lograría ofender a los dirigentes cenetistas cuando, durante su visita a Barcelona como miembro de la Asamblea, les indicó que «intelectuales como él no podían sancionar el espíritu insurreccional de obreros manuales como ellos». Poco después sería Francisco Largo Caballero, su lugarteniente en la UGT con un pasado de obrero manual, el encargado de visitar la ciudad condal. Apodado erróneamente el Lenin español una generación más tarde, Caballero era ante todo un miembro destacado de la burocracia sindical, quien no tenía tampoco nada de revolucionario. De cariz revisionista, podemos calificar al otro lugarteniente de Iglesias y uno de los pocos intelectuales de verdad en el PSOE, el catedrático de Lógica Julián Besteiro. Acérrimo enemigo del comunismo, Besteiro, en marzo de 1939 colaboraría en el golpe de Casado que consumó la victoria del General Franco en la Guerra Civil. Podemos completar el cuadro con el dirigente socialista en el País Vasco, Indalecio Prieto. Muchos en la CNT se quedaron pasmados cuando Prieto, sin ningún rubor, explicaría en las Cortes en 1918 que para evitar desmanes se había asegurado durante la huelga revolucionaria que aquellos obreros que tuviesen armas no recibiesen municiones.[70]

Mientras los bolcheviques, conscientes de que el momento oportuno para tomar el poder no había llegado aún, frenaron a las masas en julio, un mes después, los socialistas españoles encabezaron un movimiento revolucionario. El desenlace sería radicalmente divergente. El descalabro de la ofensiva militar seguido de la radicalización social que acompañó la intentona reaccionaria dirigida por el general Kornilov consumó las divisiones internas y el desmoronamiento de la popularidad de mencheviques y socialistas revolucionarios.[71] En octubre, los bolcheviques habían ganado mayorías en los Soviets de las ciudades más importantes incluyendo Petrogrado, cuya presidencia pasó a las manos de Trotsky. Desde ese momento, dadas las condiciones históricas, Lenin no dejó de instar a sus compañeros para poner en práctica el arte de la insurrección.[72] Finalmente, tras vencer la resistencia de algunos miembros del comité central, el golpe fue llevado a cabo por el Comité Revolucionario Militar, la fuerza armada del Soviet

[69] La decisión fue tomada debido a una proposición introducida por los mineros asturianos en el XII Congreso de la UGT (17-24 de mayo de 1916). *Vid*. FPI, *Archivo de Andrés Saborit Colomer*, 1915-17, pp. 1963-1964; y Andrés Saborit, *Julián Besteiro*, Losada, Buenos Aires, 1967, pp. 87-88. La firme oposición de los dirigentes socialistas a propuestas cenetistas más radicales se puede ver en AARD-IX (octubre-noviembre de 1916).

[70] Para las visitas de Iglesias y Caballero a Barcelona*, vid*. Ángel Pestaña, *Lo que aprendí en la vida*, Zero, Murcia, 1971, vol. 1, pp. 60-63. El discurso de Prieto está en Luis Simarro, *Los sucesos de agosto en el parlamento*, Madrid, 1918, pp. 108-109 y la estupefacción de los cenetistas en Manuel Buenacasa, *El movimiento obrero español, 1886-1926*, Júcar, Gijón, 1977, p. 50.

[71] Sukhanov (*The Russian Revolution*, p. 524) confirma como, tras el golpe de Kornilov, secciones enteras de su partido en la capital y en las provincias se pasaron a los bolcheviques.

[72] Lenin, *Marxism and Insurrection*, pp. 358-361.

de Petrogrado bajo el mando de Trotsky. El Gobierno Provisional cayó sin apenas resistencia durante la noche del 6 al 7 de noviembre de 1917.[73]

A diferencia de los bolcheviques, los socialistas españoles acabarían perdiendo el pulso histórico con la monarquía. Durante el cálido verano de 1917, se encontraron atrapados en medio de una serie de diferentes ofensivas: conjunción con los partidos republicanos, alianza obrera con la CNT y Asamblea de parlamentarios. Ante la amenaza de la posible convergencia entre unas díscolas fuerzas armadas, sectores políticos moderados y el proletariado, el gobierno se embarcó en una apuesta maquiavélica que al menos a corto plazo resultó triunfante. Aprovechó la existencia de una violenta huelga ferroviaria,[74] para obligar con su posición descaradamente partidista a favor de la patronal al movimiento obrero a poner en marcha su huelga general indefinida lo que causaría el pánico entre las clases medias, escindiría la Asamblea y obligaría al ejército a abandonar su posición crítica y a reprimir los disturbios.[75]

Como el gobierno había previsto, enfurecidos tras agotar todos los canales para llegar a un compromiso en la huelga, y bajo la presión de sus socios de la CNT, los socialistas abandonaron su prudencia habitual y acordaron transformar el conflicto del transporte en una huelga general de carácter revolucionario.[76] Habiendo establecido un paralelismo entre las Juntas y la Asamblea con la deserción del zar por la burguesía y el ejército imperial, estaban convencidos que la versión española de la Revolución rusa de Marzo estaba a punto de triunfar.[77] Na-

73 La mayoría del comité central intentó demorar el lanzamiento de una insurrección llegando al extremo de quemar cartas de Lenin urgiéndoles a la acción y de que compañeros del exilio como Grigorii Y. Zinoviev y Lev B. Kamenev incluso dejaran constancia en el periódico *Nóvaya Zhizn*, dirigido por Maxim Gorki, su oposición a todo intento prematuro de tomar el poder por la fuerza. Lenin abandonó su refugio en Finlandia y volvió clandestinamente a Petrogrado el 23 de octubre. Acabó ganando el voto, no sin antes haber amenazado con dimitir de su cargo en el partido y organizar el golpe por su cuenta con los militantes de base. La pugna de Lenin por convencer a los otros líderes del partido a tomar el poder se puede ver en R. Service, *Lenin*, vol. 2, pp. 212-215, 252-258.

74 La huelga del transporte había comenzado en Valencia el 19 de julio coincidiendo con la Asamblea. Los orígenes de este episodio son muy polémicos e incluyen rumores sobre la posible actuación de agentes provocadores en el estallido de la disputa. Socialistas como Manuel Cordero (*Los Socialistas y la revolución*, Torrent, Madrid, 1932, pp. 30-33) y Andrés Saborit (*La huelga*, p. 67) culparon a dirigentes republicanos valencianos como el vehemente Félix Azzati.

75 La estrategia del gobierno se pude comprobar en AHN, leg. 42 A, exp. 1, instrucciones del ministro de la gobernación (8-12 de agosto de 1917).

76 Al principio, la Federación Nacional de Ferroviarios, presionada por la UGT, estaba dispuesta a posponer una huelga general de solidaridad establecida para el 10 de agosto. La Compañía del Norte, apoyada por el gobierno, dio un ultimátum: la huelga iba adelante como previsto o rendición incondicional. *La Tribuna* (12 de agosto de 1917) resumió el caso válidamente cuando afirmó: «el comité obrero ha hecho esfuerzos para evitar la huelga, pero el gobierno les arrastra hacia ella».

77 Para el optimismo de los socialistas, *vid*. Francisco Largo Caballero, *Mis recuerdos*: *Carta a un amigo*, Ediciones Unidas, México, 1976, pp. 51-52; Juan José Morato, *Pablo Iglesias*, Ariel, Barcelona, 2000, pp. 202-203.

turalmente, su insurrección no tenía objetivos radicales sino que buscaba ayudar a la burguesía a llevar a cabo su revolución e implantar un régimen progresivo a partir del programa de la Asamblea.[78]

A diferencia de la Revolución bolchevique, mal coordinada y apresuradamente lanzada, la insurrección española fue reprimida con inusitada violencia.[79] Traumatizados por su experiencia revolucionaria, los socialistas entraron en una época de introspección y retraimiento dejando en un momento de creciente conflictividad social el liderazgo de la clase obrera a la CNT. Seis años más tarde se cerraría el círculo cuando los dirigentes socialistas acabarían por colaborar tácitamente con la dictadura militar establecida tras el golpe militar de septiembre de 1923.

[78] A. Saborit, *Besteiro*, pp. 100-102; L. Simarro, *Los sucesos de agosto*: discursos de Largo Caballero (pp. 13-20), A. Saborit (pp. 50-1) y J. Besteiro (pp. 167, 175-176).

[79] J.A. Lacomba, *La crisis española de 1917*, pp. 260-274; J. Buxadé, *España en crisis*, pp. 251-296.